

## **Un hombre no puede mover una roca con sus propias manos**

Saúl Sánchez

1 de junio al 3 de julio

Las imágenes reproducidas para esta exposición fueron halladas en un libro sobre la historia de las máquinas. Publicado en los años 60, el ejemplar en cuestión solía hacer parte de una biblioteca de acceso público, y algunas de sus páginas, en particular las ilustradas, sufrieron rayones por parte de los que probablemente fueron sus lectores más distraídos; sin duda los menos intrigados por las hazañas técnicas de la humanidad.

Se trata de una serie de garabatos irreflexivos, aparentemente insignificantes, pero en cuyo trazo se manifiesta una cierta vitalidad; quizás porque, a pesar de su intención destructiva, o meramente desinteresada, en su pulso e intuición compositiva también se advierten los indicios elementales de un lenguaje, y con ello, todo el potencial creativo represado en cada ser humano.

En contraste con el contenido del libro, en el que se recuenta y elogia cómo el uso más controlado, analítico y práctico de aquella misma capacidad creadora permitió desarrollar algunos de los mayores triunfos tecnológicos de la civilización, estos nimios trazos impulsivos dan cuenta de su origen. En ellos, vemos la intuición del ser humano en su estado más puro, antes de ser domesticada y dirigida a conciencia para un propósito específico.

Reproduciendo algunas de estas intervenciones mediante la superposición de óleo y serigrafía, dos técnicas cuyo advenimiento histórico resultó revolucionario para la producción de imágenes –una enriqueciendo su fidelidad mimética, la otra facilitando su reproducción y difusión– estas obras nos recuerdan que la tecnología no cesa de acumular y optimizar sus funciones con el tiempo. No obstante, más allá de esto, al implementarlas para integrar, visibilizar y realzar un elemento que, pareciendo ajeno, estéril e invasivo, resulta ser el recurso más vital para la ejecución de estas piezas –y de todas las proezas humanas– Saúl Sánchez ha elaborado un sutil comentario sobre la naturaleza de nuestra especie: un llamado a no olvidar que, a pesar de todos los avances en conocimiento y tecnología que nos han permitido optimizar y automatizar nuestro rendimiento, la fuerza elemental que mueve al ser humano sigue siendo, en esencia, su propia intuición creativa.

Paradójicamente, en un futuro distópico, del tipo que especulan las obras más fantásticas de la ciencia ficción, en el que las máquinas se detuvieran y entraran en huelga, poniendo en riesgo toda nuestra herencia cultural y tecnológica, la humanidad no se conduciría hacia su propio apocalipsis, sino al reencuentro con su esencia. En un escenario hipotético, en el que no dispongamos de la tecnología actual para sortear las adversidades de la realidad, volviéndonos incapaces de reproducir un libro, esterilizar una aguja, asegurar la fertilidad de un cultivo o tan sólo desplazar una roca pesada, la resiliencia de los hombres los dirigiría instintivamente hacia su primer y último recurso: ellos mismos. Probablemente se les vería en grupos, algunos de ellos acuclillados en el suelo, trazando sus planes de nuevo sobre la tierra, a manera de “inocentes” garabatos.

Diego Uribe